

PERTENEZCO A UN PAÍS...

Oscar Oszlak

Desde hace varios días circula por Internet un video en el que la voz en off del periodista Oscar González Oro va desgranando un discurso que reitera, más de una decena de veces, que él pertenece a un país en el que las personas exhiben comportamientos propios de canallas, inmorales, ventajeros, corruptos, inescrupulosos, ladrones, sucios, violentos e hipócritas. Eso al menos sugiere la lista de conductas aberrantes que, con tono admonitorio y escenas alusivas, el periodista enumera afirmando que en la Argentina es preferible enriquecerse de la noche a la mañana a formar una familia a largo plazo basada en valores; es un país donde se celebra el robo de las señales de cable, donde se compran videos y ropa truchos o se obtienen certificaciones públicas por medios espurios, donde el interés por los conflictos entre futbolistas prevalece sobre el interés por la lectura, donde la evasión tributaria, la falta de inquietud por el medio ambiente, el robo al cliente o el desprecio por las personas mayores en los medios de transporte se destacan, entre otros, como rasgos típicos de nuestro comportamiento.

Por lo tanto, razona el periodista, ¿de qué sirve culpar a nuestros ex presidentes o a la actual, si no fue ni será de ellos la responsabilidad de lo que nos pasa? Y encaminándose a una conclusión, profiere: ¡basta! debo buscar al culpable, que no está lejos; lo encontraré esta noche cuando me mire al espejo porque, si no cambio yo primero, todo seguirá igual.

“Conmover mensaje a los argentinos” fue el título con el que algunos medios titularon el mensaje. Y de inmediato comenzó a circular por la web a través de blogs, redes y mails personales. Al recibirlo, recordé haber visto y escuchado algo parecido hace un tiempo. Y con sólo ingresar en Google la frase “pertenezco a un país” (17.300 entradas), apareció el clip original del mexicano Elwey Maská Brown, que en 2008, con imágenes de fondo más modestas y enfrentando a la cámara, pronuncia un discurso parecido, con obvias referencias a México. No fui el único en descubrir la copia, que varios blogs calificaron como plagio, otros como mejicaneada y que el periodista admitió haber copiado.

Pero la sorpresa no terminaría allí. Al continuar la búsqueda, descubrí que años antes, el conocido escritor cubano Carlos Alberto Montaner ya había recibido media docena de parecidas versiones de este texto por medio de cadenas de correos electrónicos. En un caso los nombres y las quejas eran argentinos. Las otras versiones eran peruana, ecuatoriana, hondureña, colombiana y panameña. Consideró entonces que esos textos reflejaban una realidad propia de la región y el 7 de enero de 2005 lo reprodujo en la web, entrecomillado, bajo el título “Por qué fracasa Latinoamérica: el culpable ante el espejo”. Un posterior rastreo me permitió hallar otras versiones anteriores y posteriores, con idéntico latiguillo (pertenezco a un país) pero de procedencias tan diversas como Bolivia, Venezuela, Paraguay, Puerto Rico y hasta de países ejemplares como Chile y Costa Rica. Todos, invariablemente, invitando a difundir el texto

Tal vez ése sea el primer impulso que sienten quienes lo reciben: circularlo, compartir con otros el descubrimiento de las razones profundas de nuestros males. ¡Tanto buscar y al final estaban más cerca de lo que suponíamos! Pero entonces, ¿era sólo

cuestión de mirar de frente la siniestra imagen que nos devuelve el espejo para reconocer el origen de todas nuestras desgracias y tratar luego de cambiar nuestras conductas y valores? ¿Bastaba con ser mejores ciudadanos para que también lo fueran nuestros gobernantes? ¿Era cierto, entonces, aquello de que como sociedad nos merecemos los gobiernos que tenemos?

Siento el profundo deber de denunciar este burdo intento de invertir la lógica causal de nuestra decadencia, este pretendido “punto final” a las responsabilidades de quienes han gobernado nuestra América Latina, se hayan llamado Menem, De la Rúa, Zedillo, Febres Cordero, Mahuad, Fox o los múltiples nombres que se alternan en tantos mensajes exculpatorios. Hay evidente manipulación cuando, con el trasfondo de hechos innegables, aunque no idiosincrásicos, se confunden las ideas y los valores. Hay, sin duda, mucha gente que pretende enriquecerse de la noche a la mañana, pero esa no es una opción a formar una familia ajustada a valores, como no lo es preferir un helado de coco a un cuento de Cortázar. Sabemos que al obrero que llegó a su hogar en la villa luego de una larga jornada de trabajo y un viaje agotador, los medios le ofrecen hasta la náusea los detalles de la pelea entre Maradona y Riquelme, en lugar de estimular su potencial interés cultural. Somos muchos los que no compramos CDs truchos, pero podemos entender a quien lo hace en la calle con presencia y protección policial. “Son las instituciones, estúpido”, escribió un colega en 1993 remedando a Clinton. Son los gobiernos, los sindicatos, la policía, los partidos políticos, los burócratas y no los sufridos, violentados y engañados ciudadanos quienes pueden modificar nuestra cultura. No existe evidencia histórica de una sociedad que se haya transformado desde el reconocimiento, y hasta el elogio, de la culpa individual extrapolada a la de un colectivo social.

Por eso creo que debe detenerse la cadena de este tipo de mensajes. No tanto por lo que dicen sino por lo que omiten. Porque es a las instituciones a las que corresponde dirigir, orientar y hacer cumplir la ley. Si quienes mandan no tienen proyectos, plataformas u objetivos (salvo preservarse en el poder), si en lugar de gobernar sabiamente y conducir el destino de sus conciudadanos, se dedican a negocios espurios, a enriquecerse rápidamente, a mentir y engañar, no pueden sino convertirse en espejo de la sociedad a la que dicen servir.